



Rafael Martínez-Echevarría Castillo

**EL TELEFONISTA
DE MIRALPINO**

© 2019, Rafael Martínez-Echevarría Castillo

© Ilustrador: Daniel Ballarín

© 2019, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: enero de 2019

Segunda edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-949384-3-6

Depósito Legal: M. 4.117-2019

Realización gráfica: Safekat, S. L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*A mi hermano Borja por contagiarme
el gusto por la lectura,
y a mi amigo Iñaki por obligarme a escribir.*

CAPÍTULO 1 LA NOTICIA

El telediario aquella mañana comenzaba con una noticia sorprendente.

El reportero sostenía el micrófono con la mano derecha, mientras que con la izquierda presionaba el pinganillo que llevaba en la oreja para poder escuchar lo que le decían desde el plató. Había tanta gente apiñada en la plaza del ahora famoso pueblo que se le hacía muy difícil enterarse de lo que le preguntaban los presentadores del noticiario de máxima audiencia del día.

—¿Se me escucha? Aquí el griterío es indescriptible. Estamos esperando a que el alcalde de Miralpino de la Sierra se asome al balcón para confirmar la noticia que tiene a todo el mundo expectante. Se han reunido en esta plaza de esca-

unos metros cuadrados medios de comunicación venidos desde los cuatro puntos cardinales.

–Gracias, Carlos, nuestro corresponsal en Miralpino. Parece que ha salido el alcalde al balcón y se hace el silencio entre todos los asistentes. Damos paso de nuevo a nuestras cámaras en directo –terminó la presentadora con una sonrisa de dientes impecables.

El alcalde tenía la cara muy seria. Parecía que iba a anunciar la muerte de alguien importante o que hubiese perdido su equipo de fútbol en el descuento por penalti injusto.

–Queridos vecinos de Miralpino de la Sierra, a partir de hoy... quedan terminantemente prohibidos los teléfonos móviles.

Una gran algarabía inundó la plaza. Esto era más sorprendente aún que la propia noticia. La cara de Carlos, el reportero, era un poema. Seguía agarrando el micrófono y el pinganillo, pero no hablaba. Simplemente giraba la cara hacia todos lados contemplando semejante alegría entre los hombres y mujeres de aquel pueblo. Finalmente,



miró a cámara, encogió los hombros y se preguntó en voz alta.

–Pero ¿estos tíos están locos?

La señal se cortó de inmediato y el plano de los dos presentadores del telediario ocupó las televisiones del país. Ella daba codazos a su compañero que estaba mirando su móvil en ese momento y le había pillado por sorpresa.

–¡Ejem! Perdón... Cosas del directo. Bueno señores, esto ha sido todo desde Miralpino de la Sierra. Un puñado de locos que han prohibido los teléfonos móviles. ¿Se imaginan que se lo prohibieran a ustedes? Yo no sé qué haría...

–Para empezar, que no te pillen en directo... – ironizó por lo bajini la presentadora.

–¿Qué dices? –respondió con visible enfado él.

–Nada, nada. Yo lo que me pregunto es ¿por qué han tomado esta decisión?

–Sí, Laura, eso nos preguntamos todos. Mientras salimos de dudas, vayamos a publicidad.

Una señora con una camiseta blanca entre las manos hablando sobre la suciedad y el barro que acumulaban sus hijos en la ropa abrió el bloque

de anuncios. Normalmente todos habrían cambiado de canal hartos de spots de detergentes, pero aquella vez nadie acercó la mano al mando a distancia. Todas las miradas estaban puestas en sus teléfonos móviles.

¿Qué había llevado a ese pueblo a acabar con ellos? ¿Qué harían si les quitasen sus preciados tesoros?

¿Tú te estás preguntando lo mismo?

Pues tendremos que rebobinar la historia un año atrás, cuando llegó el Telefonista de Miralpino.

CAPÍTULO 2 UN AÑO ATRÁS

–¡Señor alcalde, esto es una vergüenza! –gritaba doña Remedios, una señora de setenta años en la sala de juntas del Ayuntamiento–. Mis nietos no pueden usar el cacharro ese sin cables en el pueblo y son el hazmerreír de todos los niños de Mirabeto de la Sierra. Mi pobre Ataúlfo no se peleó con ellos en el año cincuenta y seis a pedradas para que ahora se rían de nuestra gente a sus anchas.

–¿Y con el cacharro sin cables a qué se refiere, doña Remedios? –preguntó paciente Paco, el alcalde.

–Al teléfono ese sin teclas. El que le gusta tanto a la gente...

–El móvil.

–¡Ese mismo!

–Doña Remedios, ya se lo he explicado varias veces a los vecinos. Por falta de antenas y repetidores en nuestro pueblo no hay cobertura para los móviles. Podemos llamar con ellos, pero no nos llega internet.

–Pero a los de Mirabeto si les llega el internés ese.

–Eso es porque están al otro lado de la montaña, y ellos han tenido la suerte de que allí sí reciben señal. Yo no puedo mover el pueblo, señora...

–¡Pues lo que sí puede mover es el culo! Y más vale que se dé prisa, porque si no, en las próximas elecciones no voy a volver a votarle. Mis pobres nietos... mi pobre Ataúlfo...

Doña Remedios salió de la sala quejándose y lamentándose por todos aquellos familiares y vecinos que tanto habían hecho por el pueblo. Mientras tanto, Paco permanecía sentado con los codos sobre la mesa y la cara entre sus manos. Como aquella, ya

llevaba muchas madres y abuelas que hacían turnos

para pasar por su despacho y no dejarle descansar.

Tenía que hacer algo y rápido, así que reunió en el bar a los hombres de su confianza para discutir qué podían hacer.

CAPÍTULO 3 EN EL BAR

El bar estaba cerrado para poder discutir tranquilos sin que la gente siguiera insistiendo. A las puertas quedaron muchos curiosos sin nada mejor que hacer. Habían decidido hacer guardia para ser los primeros en conocer la decisión.

Juntaron varias mesas para caber todos. Severino, el dueño del bar, no tenía mucho que decir en aquella reunión, pero como era el que ponía las cervezas se convirtió en imprescindible para tomar una decisión.

–Bien amigos. Estamos aquí reunidos porque parece ser que el progreso nos ha adelantado por la derecha. El tema de los móviles se nos está yendo de las manos. Algo tenemos que hacer, porque si no, la gente joven va a huir corriendo y

Miralpino estaría sentenciado a muerte –explicó Paco con pena a los presentes.

–Pues yo el móvil apenas lo uso y me va la mar de bien. Me lo regaló mi hija por mi cumpleaños y me sirve para que no se vuelen los papeles cuando estornuda mi mujer –intervino Macario, un octogenario que durante años había sido pastor trashumante por el monte y luego se hizo doctor; pero volvió al pueblo porque le daba «pueblitis», una enfermedad que él mismo había inventado.

–Yo sí lo uso, pero eso de que es inalámbrico me da la risa. La batería esa no vale para nada. Tengo que ir con el cable para enchufarlo en todas partes. Menuda broma de mal gusto... –añadió Aniceto, el carnicero.

–Está bien, señores –interrumpió Paco, el alcalde–. No hemos venido a hablar sobre si nos gusta o no el dichoso móvil, sino a ver qué podemos hacer para que funcionen bien y no se nos vacíe el pueblo.

Todos permanecieron en silencio largo rato pensando sin sacar nada en claro. Carmelo, el

panadero, jugaba con su boina dándole vueltas sobre su cabeza, porque decía que eso le ayudaba a pensar.

–¿Y si ponemos un anuncio?

–¡Cállate Severino, y pon más cerveza!

–¡Y vino!

Se miraron todos a la vez ante la oportuna rima y rieron hasta que a Fulgencio se le cayó la dentadura dentro de su cerveza y salpicó a los que se sentaban a su lado.

–Pues si solo os vais a reír de mí, empiezo a cobrar las cervezas –amenazó Severino.

–¡Qué tontería, amigo! ¿Cómo nos vamos a reír de ti? Siéntate ahora mismo a la mesa.

–¡Eso, eso! –confirmaron a coro los demás, temerosos de que cumpliera su advertencia.

–Pues eso digo, que podríamos poner un anuncio –dijo sonriendo tras servir otras cervezas y sentándose con el resto.

–¿Un anuncio de qué? –preguntó Paco.

–Un anuncio para buscar a alguien que nos traiga el internet ese que tanto necesitamos.

–¿Y cómo se anuncia eso?

–No lo sé. Igual podemos preguntar a alguno de los jóvenes que estarán más enterados.

–Buena idea, Severino. Ponte otra ronda para celebrarlo –insistió Fulgencio que acababa de terminar de limpiar su accidentada dentadura.

Paco se levantó y caminó hacia la puerta del bar, en la que varias señoras esperaban noticias como si de un parto se tratase.

Al abrir la puerta todas se abalanzaron sobre Paco ansiosas por saber la decisión tomada. Pero cuando salió no decía nada, simplemente miraba por encima de ellas como el que busca sitio libre en una hamburguesería.

–Paco, ¿qué ha pasado?

–¡Dinos algo!

–¿Mis nietos van a tener por fin internete?

Por detrás de todas ellas pasó un chico de unos veinte años. Iba con los cascos puestos y las manos en los bolsillos andando cabizbajo.

–¡Eh, tú! ¡Martín! –gritó Paco haciendo que todos se dieran la vuelta.

Como iba con los cascos no se enteró de nada y siguió a lo suyo.

–¡Martín! –insistió el alcalde.

Las buscadoras de noticias inmediatamente cambiaron su objetivo. Corrieron hacia Martín intrigadas con tanto misterio.

–¡Niño! ¡Que te llama el alcalde!

–Qué vergüenza, estos jóvenes siempre con los cascos... –empezaron a criticar.

Martín se acercó a Paco, que le invitó a entrar al bar para explicarle la idea que habían tenido. Necesitaban de su ayuda para poner un anuncio.

–Sobre eso que me dicen, lo más fácil es poner un anuncio en internet.

–¿Pero no decís que no tenemos de eso aquí?

–No seas burro, Fulgencio. No hay en los móviles, pero sí en el ordenador.

–Ah, vale. Yo es que ya con tanta cerveza no me entero de mucho...

–¡Estupendo! –exclamó Paco–. Ya solo nos falta decidir qué podemos ofrecer.